

La caída de Isidorus

Aullido Disforme

Autor:

Pablo TORRES ANAYA



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)

11 de agosto de 2013

El Principio

Estaba oscuro y tenía miedo. Solo se veían las paredes de madera de su escondite, vagamente iluminadas por la poca luz que se colaba por las rendijas de la puerta. Pudo escuchar cómo una docena de botas entraba corriendo en la casa y un par de voces gritaban órdenes. Esta vez entreabrió la puerta y vio cómo seis rifles láser apuntaban a su padre. Su hermana enterró la cara en sus brazos sollozando. Su padre, con las manos en alto y los pies firmes, empezó a hablar.—No pueden entr... —seis haces de luz condensados atravesaron la estancia. Y el grito lo despertó.

—¡Silver, despierta! —gritaba una voz—. ¡Isidorus Silverson, por el Emperador, despierta!

Se encontró semiincorporado en su camastro, cubierto de sudor. Su compañero de habitáculo lo zarandeaba enérgicamente con ambos brazos mientras gritaba su nombre.

—Estabas teniendo convulsiones —le aclaró Mikaere—. ¿Estás bien?

Isidorus se sentó en el borde de su camastro y se sujetó la cabeza con las manos, como temiendo que algo se le fuera a descolocar.

—Sí, estoy bien, solo ha sido una pesadilla.

Su compañero lo miró entre extrañado y curioso unos segundos.

—Entonces será mejor que nos movamos, nuestro turno empieza en treinta minutos.

Isidorus se tomó su tiempo para despejarse y observó su habitáculo compartido. Era un espacio cuadrado de plásticero, como casi todo en ese lugar, con dos camastros en un lado, uno encima de otro, y una sencilla mesa empotrada en la pared con una silla. La puerta daba a un amplio pasillo lleno de más habitáculos y más pasillos, hasta donde alcanzaba la vista.

Conforme se acercaba el cambio de turno más y más botas resonaban por los pasillos mezcladas con el repiqueteo mecánico de los servidores. Cruzaron

la zona de habitáculos de la cubierta inferior hasta llegar al hangar número trece.

Isidorus llegó a su puesto de trabajo junto a Mikaere y se preparó para otra jornada más cuando empezaron a sonar las alarmas. Una pareja de naves Valkyria de transporte se acercaban para aterrizar.

—Parece que tienen prisa —dijo Mikaere—. Y yo que pensaba que ya no quedaba nadie fuera.

—Ya sabes que siempre hay algún despistado —le contestó—. O quizá no son de la nave y vienen de turismo—. Los dos se miraron seriamente durante una fracción de segundo pero no pudieron contener las carcajadas, a lo que un supervisor les dio un toque de atención.

Apenas la primera Valkyria se detuvo, la rampa se desplegó y una figura salió apresuradamente justo cuando una silenciosa alarma púrpura avisaba a la tripulación de la fragata Aullido Disforme que estaban a punto de entrar en el Inmaterium. Se disponían a realizar un largo viaje de vuelta a Terra que duraría un año y medio, en el mejor de los casos.

Todo el mundo continuó sus tareas a pesar de la alerta. Entrar en el Inmaterium siempre entrañaba algún riesgo y podía incluso terminar con la destrucción total de la nave, si tenían suerte. Pero era la única manera de recorrer los varios cientos de años luz de distancia que los separaban de Terra y no morir de viejos. Isidorus, absorto en sus pensamientos sobre los peligros del Inmaterium o, como algunos solían decir, Disformidad, no se dio cuenta que había dejado de trabajar y quizá por eso le pilló más desprevenido.

—Isidorus... —dijo alguien a su espalda. Al girarse solo vio cajas, paredes y el constante crujir de la nave. Cuando se le pasó el sobresalto se dio cuenta de que no había sido una voz quien lo había llamado sino un susurro.

—¿Has escuchado eso Mika? Alguien me ha llamado... —empezó a explicar a su compañero.

—Yo solo escucho los motores y a ti, déjate de tonterías y vamos a trabajar —le argumentó rápidamente y todavía con media risa en la cara—. Ya llevamos un aviso hoy y no quiero ver qué pasa al segundo.

A los pocos segundos sacudió la cabeza y volvió al trabajo pensando que quizá debería dormir más, o al menos intentarlo.

Reencuentros

—Veo que hoy te despiertas temprano. —Su compañero estaba aún en el camastro—. ¿Me acompañas a desayunar?

—Claro, por qué no —le contestó Isidorus—. Dame unos segundos.

—¿Otra pesadilla? —le preguntó Mika al ver la cara de su amigo—. Deberías ir a la enfermería —dijo mientras se incorporaba en la cama y empezaba a vestirse—, a lo mejor te dan una de esas drogas para dormir.

—No, solo ha sido un sueño raro. —Isidorus había terminado de vestirse y tenía la mirada perdida en el infinito—. No te preocupes, ya estoy mejor. —No podía quitarse de la cabeza sus sueños. Muchas veces soñaba con su pueblo, sus amigos, su familia. Pero hoy había soñado con la nave, con partes de la nave que no había visitado nunca y que no conocía. Lo cual era de lo más normal en una nave de casi dos kilómetros de eslora y medio kilómetro de envergadura. Era muy difícil conocer todas sus partes, pero en su sueño pudo verlas con claridad.

—¿Nos vamos? —le preguntó Mika sacándolo de su ensoñación—. No sé tú, pero yo me muero de hambre.

—¡Claro, vamos a por otro fascinante desayuno! ¿Qué será esta vez, gachas o proteínas? —contestó Isidorus en tono burlón y poniendo cara de intriga.

—Mientras no sea fécula de cadáver... —contestó Mika poniéndose recto e intentando imitar el gótico clásico hablado por las clases altas. Los dos empezaron a reír escandalosamente mientras avanzaban por los pasillos rumbo al comedor. Sabían perfectamente que la fécula era para el almuerzo.

Al llegar al comedor hicieron en silencio la cola para coger sus bandejas con sus respectivos desayunos. Si es que a eso se le podía llamar desayuno, o siquiera comida. Buscaron con la mirada un sitio donde poder sentarse los dos juntos y lo encontraron sin muchos problemas; habían llegado pronto y

todavía no estaba abarrotado. Se sentaron en silencio uno enfrente del otro y se dispusieron a comer. Junto al cuenco de gachas de proteínas había un vaso con un líquido semiespeso de color marrón. Era un condensado de sustancias químicas que los ayudaría a estar despiertos y activos.

A las pocas cucharadas Mika soltó la cuchara y comentó en voz baja:

—¿Te has enterado de lo de Hank? —Sabía perfectamente que no, así que continuó—. Le han encerrado en el calabozo por pegar a un soldado de la guardia imperial.

—¿Por qué? —se extrañó Isidorus—. Si Hank es la persona más pacífica del mundo.

Mika no supo decir si estaba de broma o en serio, pero continuó de todos modos.

—Por lo visto el guardia estaba un poco borracho y no le dejaba pasar por una puerta, alegando que era suya. —Tomó un sorbo del espeso brebaje—. Menudo idiota. —Miró hacia los lados para comprobar que ningún guardia hubiera escuchado eso—. Hank ya llegaba tarde a entregar su carga y no podía dar la vuelta por otro sitio, así que le arreó un derechazo que lo tumbó y siguió su camino. A la media hora lo arrestaron y lo encerraron.

—Esos guardias se creen los amos de todo, como si el equipo que usan y la nave que los transporta funcionaran solos —empezó a decir soltando también la cuchara y alejando la vista de su amigo—. Se les olvida que aquí todos servimos a la causa del Emperador.

Mika siguió la mirada de su amigo y una media sonrisa se dibujó en su cara.

—¿Sigues colado por ella? —le preguntó volviendo a mirar a sus cada vez menos apetecibles gachas—. Te recuerdo que ya no estamos en el pueblo, hay muchas más chicas ahí fuera.

Isidorus miró a su amigo.

—Sabes perfectamente que a mí las demás me dan igual, solo me importa ella. —Mezcló el brebaje y las gachas para intentar hacerlo un poco más comestible. —Además, somos buenos amigos.

El sonoro suspiro de Mika sorprendió hasta a los que estaban junto a ellos.

—Ese es el problema, Silver, que sois amigos. —Apoyó los codos en la mesa y su cabeza en las manos—. Y Sonya seguirá siendo tu amiga a no ser que hagas algo al respecto. Pero claro, tú nunca haces nada. —Se reclinó sobre la silla y miró a su amigo fijamente. —El que algo quiere algo le cuesta y el que nada apuesta nada gana. —Se quedaron los dos mirándose unos segundos

y al poco siguieron comiendo con desgana.

Isidorus terminó de comer rápidamente y se puso a mirar distraídamente a la gente que los rodeaba. Escuchó al tipo de al lado hablar sobre fantasmas y extrañas apariciones en la cubierta de máquinas. Pero se olvidó de todo ello al ver que Sonya estaba buscando un sitio para sentarse. La llamó enérgicamente con la mano, que bajó tímidamente cuando ella lo vio y empezó a andar en su dirección. Mika miraba escépticamente la escena mientras terminaba sus gachas.

—Hola —saludó Sonya—, pensaba que vosotros no desayunabais en este turno.

—Y no lo hacemos —contesto Mika—. Pero llegar al primer turno no es fácil cuando te acuestas tarde.

—Toma, puedes sentarte aquí —dijo Isidorus, que ya se había levantado y retirado sus cosas.

—Muchas gracias —le contestó con voz suave y dulce—, aunque esperaba que pudiéramos hablar un rato. —Mika y Sonya miraron a Isidorus y este se sonrojó.

—Tengo un poco de prisa —contestó entrecortadamente—, mi turno de trabajo empieza en veinticinco minutos y si no me voy ahora llegaré tarde. —Isidorus se disponía a marcharse cuando Mika carraspeó de manera un tanto voluntaria e Isidorus se detuvo—. Pero, si quieres —dijo dándose la vuelta y con mucho esfuerzo— podemos ir en el ciclo de tarde a tomar algo y hablar a la cantina. —Isidorus estaba temblando.

—Suena muy bien —dijo Sonya alegremente y miró a Mika. —¿Te vienes?

Mika miró a su amigo y leyó su cara como un libro abierto, decía: «Ven por favor, no me dejes solo». Se tomó un tiempo para contestar, estaba disfrutando esto.

—No puedo, lo siento. —No es que le gustara hacer sufrir a su amigo, pero era la primera vez que él intentaba quedar con una chica—. Hoy me toca turno completo. —Lo cual era cierto, pero aunque no lo fuera no iba a estropear la encerrona que Silver se había montado él solito.

—Bueno, otra vez será —le dijo Sonya a Mika. —Te veo esta tarde —le susurró a Silver mientras le daba un beso en la mejilla.

Isidorus se ruborizó todavía más, si es que eso era posible.

—Hasta luego —consiguió articular.

Voces

Isidorus caminaba feliz por los metálicos pasillos de la nave, ajeno al mundo que lo rodeaba. Habían pasado dos meses, los dos mejores meses de su vida. Se dirigía a la cantina de la cubierta de habitáculos, donde había quedado con Mikaere para celebrar su reciente nueva vida. No era muy común que las naves imperiales tuvieran cantinas. Pero, como en todo, había ciertas excepciones.

Al llegar escudriñó el amplio local en busca de su amigo, que estaba en una de las barras del fondo del local. Se acercó con cuidado de no chocar con nadie y pidió lo mismo que Mikaere, una bebida violácea de la que no sabía su procedencia ni quería.

—¡Ya pensaba que no venías! —lo saludó Mika efusivamente—. Por el cambio —dijo, ofreciendo un brindis a su amigo.

—Por las oportunidades —respondió Isidorus. Ambos bebieron un amplio trago—. Sigo sin perdonarte que me dejaras solo aquella tarde.

—Vamos, hombre —se excusó Mika entre risas—, en ningún momento dije que te acompañaría. Además, bien está lo que bien acaba, ¿no?

Isidorus suspiró con una risa en los labios.

—Cuando la tienes, la tienes.

—Bueno, cuenta, cuenta, ¿cómo os va? —Mika soltó su jarra casi vacía y se apoyó en la barra para ver mejor a su amigo—. Que parece mentira que compartamos habitáculo, todavía no me has dicho nada con la excusa de las prisas.

—No es una excusa y lo sabes. —Terminó su jarra y también se apoyó en la barra—. He tenido unos meses muy duros y el poco tiempo libre que tengo...

—Lo quieres pasar con ella. —Levantó las manos como si le apuntaran con un arma—. Lo entiendo. —Silver no pudo aguantar la risa y ambos

terminaron casi doblados sobre la barra. Hacía tiempo que no se reían así. Cuando recuperaron la compostura Isidorus le contó sin muchos pelos y con algunas señales lo bien que le estaba yendo.

—Dame unos minutos —interrumpió Mika, después de dos jarras y un relato—, que voy al servicio. Pídenos otras dos, a esta invito yo—. Mika fue a darse la vuelta y tropezó con un Guardia imperial al que casi le tira la jarra que llevaba en las manos.

—¡Tú! ¡Cuidado por dónde vas, escoria! —le escupió el guardia.

—¿A quién llamas tú escoria, snotling? —dijo Mika enfrentándose al guardia.

Isidorus intentó ponerse en medio para separarlos.

—Tranquilos, no hagamos nada de lo que luego nos arrep... —Nunca supo de dónde le vino el golpe que lo dejó en el suelo aturdido.

Estando en el suelo pudo escuchar un susurro, «Ya llegaamos...», por encima del ruido del local.

A los pocos segundos había empezado una auténtica batalla campal que se extendía como la pólvora por toda la cantina. Los guardias y el personal de abordaje se afanaban entre ellos con puños, botellas y sillas.

Isidorus no sabía decir si pasaron segundos o minutos, había perdido totalmente la noción del tiempo. Estaba aturdido, la cabeza le daba vueltas y sentía náuseas. Pero nada podría impedirle que le diera una paliza al guardia que lo había dejado en el suelo y que se estaba ensañando con su amigo. Lleno de rabia, ira y odio se lanzó contra el guardia y lo agarró del cuello por detrás con un brazo mientras con el otro le golpeaba los riñones. El guardia en un movimiento automático agarró a Isidorus y lo lanzó por encima liberándose de su presa, momento que Mika aprovechó para darle un golpe en el estómago, pero el guardia ya lo había visto venir y se había echado a un lado haciendo trastabillar a Mika. Isidorus se estaba incorporando otra vez cuando vio el relucir del cuchillo del guardia a punto de clavarse en la garganta de Mika. Dio un grito de impotencia y cerró los ojos instintivamente. De pronto se hizo el silencio.

Como si de una sola entidad se tratase, todo el local quedó en silencio en cuestión de milésimas. Una fantasmagórica figura reluciente de color verdusco y con guadañas como manos había atravesado al guardia partiéndole el esternón, rasgándole las entrañas y alzándole unos metros en el aire. En cuestión de segundos más figuras aparecieron matando indiscriminadamente tanto a los de un bando como a los de otro.

El pánico cundió como un río en una cascada. Todos salieron corriendo

intentando no ser alcanzados por las figuras que ahora tenían un color rojizo. Muchos murieron partidos en dos por los espectros, pero muchos más murieron aplastados y pisoteados, en un intento de escapar. Isidorus se apartó de la marabunta por pasillos secundarios y de mantenimiento hasta llegar a su habitáculo. Cerró y se apoyó contra la puerta. Estaba pálido como la cal y temblando como un flan.

—Isidoruuss... —Otra vez el susurro—. Yaa esstaamoss aaquí. —Esta vez no se sobresaltó de lo agotado que estaba. Pero sí miró nerviosamente todo el habitáculo en busca de su interlocutor.

—¡Muéstrate! —gritó como pudo, mientras se movía hacia el centro con la respiración acelerada—. Sal que te vea. —Su respiración aumentaba por momentos mientras sentía pinchazos helados en la cabeza.

—Proontoo... —fue toda la respuesta que obtuvo.

Isidorus, que estaba de espaldas a la puerta, tampoco se sobresaltó cuando Mika entró igual de atropelladamente que él.

—Mierda, mierda, mierda —blasfemó Mika—. Menos mal que estás bien, Silver. ¿Qué diablos era eso? —Él también estaba temblando y casi tan blanco como su compañero. Se dejó caer en el suelo y se quedó ahí—. Espero que aquí no nos encuentren... —Mika no se dio cuenta que su amigo se había caído al suelo y estaba convulsionando hasta que fue demasiado tarde.

Isidorus perdió la vista y casi la conciencia, pero pudo escuchar cómo Mika lo llamaba y sintió cómo intentaba sujetarlo. Pero poco a poco el resto sus sentidos se fueron apagando. Y de pronto todo fue oscuridad.

Sueños

Isidorus despertó en un campo, tumbado y rodeado de sus amigos. Estaba cerca de su pueblo y era verano. Habían ido a jugar y contarse historias. Al tumbarse para descansar él se había quedado dormido, ahora lo recordaba. Sus amigos estaban hablando cuando uno de ellos vio a Isidorus y dijo:

—Eh, Silver, has vuelto con nosotros.

—Menos mal —bromeó otro—, pensamos que te habíamos perdido. —Y todos se echaron a reír.

—Estaba soñando... —empezó a decir algo confundido, cuando vio a Mikaere y las dudas se disiparon—. Estaba soñando que estaba en una nave espacial del Imperio y Mika venía conmigo...

—¡Ah, claro! Qué suerte la de Mika —bramó uno intentando parecer indignado—. ¿Por qué no salimos los demás?

Isidorus iba a responder cuando sus ojos se pararon en Sonya ruborizándolo de inmediato al recordar las cosas que habían hecho en su sueño. A él le gustaba Sonya, pero no podía imaginarse de ninguna manera que a ella le interesara.

—Genial, mira lo que has conseguido, Tersus —comentó otro amigo—, ahora lo has puesto en un compromiso.

—Sí, claro —se defendió Tersus—, ahora la culpa es mía.

A los pocos segundos habían comenzado una discusión que para alguien de fuera parecería una pelea, pero ellos se lo estaban pasando en grande. Al poco rato, sin que nadie se diera cuenta ni supiera cómo, habían cambiado tanto de tema que a todos se les olvidó el sueño de Isidorus.

Estaban todos alegremente hablando sobre qué querían ser de mayores cuando empezaron a sonar las campanas en el pueblo. A ellos les llegó como un sonido lejano, pero sabían perfectamente su significado. Sin que tuvieran que decirse nada todos salieron corriendo hacia el pueblo.

Llegaron todos resoplando como fuelles por la intensa carrera y al ver el pueblo casi todos perdieron el poco aliento que les quedaba. No podían dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Tersus iba a decir algo, pero las palabras se ahogaron en su garganta produciendo un gemido apenas audible. La calle estaba llena de cadáveres rodeados de charcos de sangre, algunos tenían miembros amputados o las tripas desparramadas por el suelo. Algunos soldados imperiales estaban rematando gente en el suelo y otros entraban a plomo a las casas sacando a sus inquilinos.

Mikaere fue el primero en recuperarse y en darse cuenta de lo que estaba pasando. Los soldados imperiales habían ido a cazar los fantasmas y por alguna razón que no entendía estaban matando a la gente. Rápidamente alertó a todos para que se pusieran a cubierto. Con más o menos presteza todos le hicieron caso y se ocultaron detrás de una casa en la linde del pueblo. Una vez a cubierto Mika les comentó sus conjeturas.

Isidorus todavía no se creía lo que estaba pasando.

—¿Todo esto es por los fantasmas? —pensó en voz baja, casi inaudible—. Pero no tiene sentido, los fantasmas nunca han hecho daño a nadie. ¿Por qué el Imperio iba a atacar así a su pueblo? ¿No están los soldados para protegernos a nosotros? —Entonces cayó en la cuenta—. ¿Dónde están mi hermana y mi padre? —De pronto un pánico atroz se apoderó de él, temiendo lo peor. Sin pensárselo dos veces echó a correr, dejando atrás a sus amigos, en dirección a su casa. Intentó no pasar por calles principales y ocultarse. Ninguno de los guardias reparó en su presencia y llegó sin problemas, pero muy fatigado. Empezó a dolerle la cabeza.

En la casa encontró a su padre en el centro de la sala de estar abrazando a su hermana. En cuanto le vieron, los tres estallaron en lágrimas de alegría y se abrazaron mutuamente. Su padre fue el primero en recuperarse de la repentina alegría, cogió de las manos a sus hijos disponiéndose a salir corriendo cuando unas voces y botas empezaron a sonar con más fuerza en el exterior. En ese momento comprendió que ya no podían salir sin ser vistos. Llevó a los niños al otro extremo de la sala y los encerró en una pequeña despensa.

—Pase lo que pase no salgáis de aquí —intentó consolarlos su padre mientras cerraba la puerta— y no abráis esta puerta por nada del mundo.

Una patada derribó la puerta y seis soldados entraron en formación. Apenas su padre empezó a hablar los seis soldados dispararon al unísono y su cuerpo cayó al suelo.

—¡Nooo! —gritó Isidorus. Los guardias escucharon el grito y se pusieron en guardia otra vez. Isidorus se llevó las manos a la cabeza por el dolor—.

¡Os odio! —gritó con todas sus fuerzas. Cinco formas fantasmales salieron de él y se abalanzaron contra los guardias, que dispararon erráticamente ante la inesperada amenaza. Los cinco primeros murieron al instante y el sexto apenas pudo reaccionar antes de ser cortado por la mitad por uno de los fantasmas. Justo en el instante en que el sexto guardia moría los fantasmas desaparecieron.

Al poco Isidorus se recuperó e intentó salir corriendo con su hermana, pero esta no se movió. Estaba totalmente blanca y miraba con la cara descompuesta a Isidorus. Él la cogió en brazos.

—Vamos, tenemos que salir de aquí.

Desesperación

Un frío paralizante le recorría el cuerpo entero. Apenas sentía los pies, y pequeñas punzadas de dolor le ardían en los brazos. Poco a poco recuperó la vista y luego el resto de sentidos. Pudo ver que seguía en su habitáculo, estaba tumbado en la pared contraria a la puerta mirando al techo.

—Pero yo estaba en mi pueblo, era un niño y... —Entonces lo recordó. La guardia sabía lo peligrosos que podían ser los fantasmas y arrasaron el pueblo para asegurarse. Poco a poco comprendió cómo habían conseguido los fantasmas escapar del pueblo, de la misma forma que él. De pronto un intenso dolor de cabeza le interrumpió sus pensamientos, sentía como si le clavasen pequeñas pero profundas agujas y descargaran corriente por ellas. Tras varios minutos el dolor menguó, pero no desapareció.

Isidorus observó el resto del habitáculo mientras se incorporaba. Su movimiento se interrumpió en mitad al ver el cuerpo tendido de Mikaere en el centro. Isidorus gateó torpe y apresuradamente hasta el cuerpo de su amigo.

—¡Mika! —le gritó entre sollozos—. ¡Mika, por el amor del Emperador, responde! —Estuvo un rato más llamándolo a sabiendas de que era imposible que le contestara. Un agujero ocupaba ahora el lugar donde antes tenía su corazón.

Isidorus no recordaba el tiempo que pasó llorando, como tampoco recordaba cuánto tiempo había pasado inconsciente. Cuando al final pudo moverse decidió salir de su habitáculo y alejarse lo más posible. Cuando salió por la puerta se encontró con una nave totalmente en silencio. No había vibraciones del motor, botas resonando, voces, ni siquiera gritos. Estuvo vagando por los pasillos de la nave lo que le pareció varias horas, sin rumbo fijo. Solo quería alejarse. En su errático camino encontró toda serie de atrocidades, cuerpos mutilados, mordidos, despellejados, colgados del techo o todo al mismo tiempo. El color metálico de los pasillos había sido sustituido por el granate de la sangre.

Perdió la noción del tiempo y del espacio, pero la recuperó al volver a una zona conocida, su habitáculo. Empezó a carcomerle la rabia.

—Necesiitoo tu ayuudaa... —dijo el susurro.

—¿Qué quieres de mí? —contestó Isidorus en un apenas imperceptible hilo de voz—. Déjame en paz.

—Pueedoo haaceer quee tuu amiigoo camiinee ootraa veez...

Isidorus se quedó totalmente impactado

—¡¿Cómo?! —preguntó—. ¿Cómo es eso posible?

—Haaz lo quee tee digaa y volveeráa a camiinaar...

Al principio Isidorus estuvo un poco reticente, pero la idea de recuperar a su amigo era demasiado fuerte. Así que terminó haciendo todo lo que le pidió. Pintó cosas extrañas en el suelo, le clavó agujas a su amigo y muchas otras cosas sin sentido. Y tras varias horas de incongruente trabajo por fin terminó.

Se quedó en silencio un rato esperando el resultado, pero nada ocurrió. Empezó a pensar que todo era mentira cuando de repente Mika empezó a moverse. Una sensación de alegría inmensa inundó a Isidorus, iba a recuperar a su amigo, todo se arreglaría. Poco a poco Mika consiguió incorporarse.

—Graaciaas —dijo el cuerpo de Mika, aún sin corazón—. Veen, necesiitoo otroo faavor —le susurró mientras salía por la puerta.

De pronto Isidorus comprendió lo que había hecho, pero ya era demasiado tarde.

Revelación

—¡Rápido! —gritó el capitán de la nave—. ¡Soldad esas compuertas!

—Señor —le comentó un guardia que estaba junto a él—, no creo que eso nos sirva de mucho. —El guardia dudó si se estaba sobrepasando, pero a esas alturas ya poco le importaba la cadena de mando.

—Yo tampoco lo creo —le contestó el capitán con abatimiento—. Pero puede que nos consiga algo de tiempo.

Un grupo de supervivientes se había encerrado en el puente de mando de la nave. Eran pocos y estaban desesperados.

Cuando comenzó a reinar el caos en la nave el capitán hizo un salto de emergencia a la realidad fuera de la Disformidad y envió una señal de auxilio. Solo era cuestión de tiempo que alguien apareciera. Pero precisamente tiempo era lo que no tenían. Llevaban tres días recogiendo supervivientes y resistiendo en el puente de mando, pero debido a las bajas el capitán decidió desistir en la búsqueda y sellarse dentro.

Habían salvado a quince personas más cinco soldados, dos suboficiales y el capitán: un total de veintitrés personas de los casi medio millón de tripulantes entre personal y soldados. «Todo un logro», pensó irónicamente el capitán.

Pasaron dos días más de intranquila calma antes de que uno de los guardias diera la voz de alarma.

—Alguien viene —avisó.

—Todo el mundo a sus puestos —ordenó el capitán. Los civiles se situaron detrás en posiciones cubiertas, el capitán en el centro con sus dos suboficiales a los lados y los soldados en abanico apuntando hacia la puerta. —Que nadie dispare hasta que yo lo ordene.

Dos figuras humanoides entraron atravesando la puerta como si no existiera. La escena era totalmente grotesca: una de las figuras estaba totalmente

pálida y casi encorvada y a la otra le faltaba el corazón. En ese momento uno de los suboficiales ahogó un grito.

—¿Silver? ¿Eres tú?

—¿Sonya? —dijo Silver sin apenas fuerzas—. Estás viva...

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó Sonya, que no daba crédito a lo que estaba viendo—. ¿Ese es Mika? ¡Por el Emperador! ¿Qué le ha pasado?

El cuerpo de Mika miró a Sonya, sonrió ampliamente y contestó:

—Siilveer ees nueestroo aamoo y seeñoor —se tomó un segundo— y éel mee haa meejoraadoo.

Ninguno de los presentes podía comprender qué estaba pasando. El capitán casi no podía ni respirar. Sonya, al igual que muchos de los presentes, estaba temblando.

—Tú... —La voz también le temblaba—, tú has hecho esto... —Miró a Silver a los ojos—. Has sido tú todo el tiempo...

—¡No, no es cierto! —empezó a decir Silver mientras Sonya alzaba su pistola láser compacta— ¡Puedo explicarlo! —Y Sonya disparó.

El impacto atravesó a Isidorus al igual que este había atravesado la puerta. Al verlo, Sonya disparó seis veces más hasta casi dejar vacía la batería de su arma, con el mismo resultado. Presa de la impotencia, el dolor, la rabia y las lágrimas apuntó el arma hacia su cabeza y disparó.

Epílogo

Isidorus Silverson sostenía el cadáver de Sonya entre sus brazos. Sus lágrimas caían sobre la ahora inexpresiva cara de su amiga. En el resto del puente de mando solo quedaban sangre y vísceras.

Súbitamente Silver lo comprendió todo. En su pueblo, los fantasmas, todo fue culpa suya. Pero había algo más, algo de lo que antes no podía acordarse, algo que su mente había bloqueado. Algo de su hermana.

Esta vez Isidorus era un espectador, se vio a sí mismo de niño con su hermana pequeña en brazos pasando por encima de su difunto padre. Su hermana se soltó y se abrazó al padre rompiendo a llorar y suplicar que se levantara. Él intentó volver a cogerla, pero ella se apartó hacia atrás gritando que la dejara en paz. Entonces su hermana corrió a cuatro patas hacia la puerta, Silver recordó pensar que se iba a ir y a perderla. Pero la realidad fue mucho peor. Su hermana se paró junto a los guardias y se giró para ver a su hermano. Isidorus se acercó a su hermana para intentar consolarla.

—¡No! —gritó ella. Y antes de que Isidorus pudiera reaccionar ella cogió una pistola de uno de los difuntos guardias y se disparó.

—Puedoo haacer que camiinee otraa vez. —El susurro lo devolvió a la realidad y al presente.

—No, ya has hecho bastante —le dijo sin apartar la vista de su amiga—. Déjame en paz.

—¿Queé quieerees haaceer entooncees?

Isidorus pensó unos segundos, entonces miro la matanza del puente, a su ex amigo Mika y otra vez a Sonya. Cuando contestó lo hizo con apenas un hilo de voz y lágrimas en los ojos.

—Quemar esta maldita galaxia.

Índice general

| | |
|----------------------|----|
| <i>El Principio</i> | 3 |
| <i>Reencuentros</i> | 5 |
| <i>Voces</i> | 9 |
| <i>Sueños</i> | 13 |
| <i>Desesperación</i> | 17 |
| <i>Revelación</i> | 19 |
| <i>Epílogo</i> | 21 |